



Una historia completa

Una confrontación entre *La vida es bella* y *El tren de la vida* donde el problema no es el humor sino la negación de lo ocurrido.

Perdido en la geografía y desconocido para casi todos, aquel era un pueblo que, fuera de sus habitantes, nadie sabría nombrar. Tenía su propia vida, su singular cultura y sus múltiples esperanzas. Era un pequeño mundo de tinte rural y de calles polvorientas constantemente agitadas por rumores, por chimentos, por quejas y, a veces, por los rezos. Las casas eran sencillas, tanto como su humilde pero bella sinagoga. A pesar de las noticias que llegaban desde hacía cierto tiempo, los hombres y las mujeres, los jóvenes idealistas y los pragmáticos, continuaban con la rutina de sus trabajos, sus habladurías, sus amores y sus frustraciones. Tal vez aquellos dichos fueran falsos o, al menos, la situación no fuese tan grave como se la presentaba. Sin embargo, todo estaba por cambiar. Un día, uno cualquiera, por la mañana, Shlomo regresó corriendo, desesperado, para avisar que el ejército alemán estaba llegando y que los lamentos no iban a ayudar. A su manera, el miedo se apoderó de la imaginación de cada uno. ¿Qué hacer? ¿Será cierto esta vez? No hay que olvidarlo, Shlomo era el loco del *shtetl*¹.

Pero a veces hay que seguir al loco, en particular si es bondadoso; tal vez por ello aceptaron no solo lo que contó, sino también su idea para poder salvarse, aunque tuviesen que perder su lugar, sus recuerdos y algunas esperanzas. Juntos, decidieron comprar un

¹ En yiddish designa, en la Europa del Este, a un pueblo pequeño cuya población está formada por una importante comunidad judía.

tren y autodeportarse como si fuesen prisioneros judíos rumbo a los *lager*². Para ser creíbles, algunos deberían portarse como nazis y fingir ser los comandantes y guardias del convoy. El plan se llevó a cabo. Shlomo nos cuenta el final de aquella travesía, a la que se sumó un grupo de gitanos que habían tenido la misma ocurrencia, pero con camiones:

Una vez en territorio soviético, la mayoría se quedó y se unió a la causa comunista. Algunos se establecieron en Palestina, sobre todo los gitanos, y otros en la India, la mayoría de ellos judíos. Schtroul siguió viaje hasta llegar a China, y es el jefe de estación de una pequeña ciudad.

Ester... la bella Ester. Se fue a vivir a América y tuvo muchos hijos (...).

Esta es toda la historia de mi *shtetl*.

Bueno, casi toda...³

Nos queda por saber por qué Shlomo, que se hizo loco porque era el único lugar vacante en el pueblo, dice que algo falta, un detalle, un dato, un hecho para que la historia esté completa. ¿Cuál es esa referencia? ¿Acaso ese detalle pueda cambiar algo de lo que sabemos sobre la suerte de aquel particular grupo de judíos y gitanos?

Hay otra historia que nos va a permitir dar con lo que falta y comprender su importancia. Mientras el grupo de judíos autodeportados intenta que su tren no sea descubierto por los nazis como un engaño, otro hombre, otro judío, urde una mentira distinta, solo para su hijo. Ayudado por el tío, simula que aquella deportación es en realidad un juego. Los tres hablan durante la llegada al *lager*, luego de bajar del tren:

—¿Viste esa fila? La gente se pone en fila para entrar. Todos quieren entrar.

—¿Qué juego es este?

—Eso mismo. Es el juego... Todos vamos a participar. Los hombres están aquí, las mujeres allá. Y luego los soldados que nos dan el horario. Es difícil, sabes.

—No es fácil —aclara el tío—.

—Si alguien comete un error, lo envían de nuevo a casa. Así que debes tener cuidado. Pero si ganás...

² Denominación genérica en alemán para los diferentes tipos de campos instaurados por el nazismo durante la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto.

³ *El tren de la vida* [*Train de vie*], de Radu Mihaileanu (1998).

- ¿Cuál es el premio?
- El primer premio es un tanque.
- Ya tengo uno.
- Es un tanque de verdad, nuevo, flamante.
- ¿De veras?
- Sí, no quería decirte...⁴

Son dos hombres y un niño. Uno de ellos, el mayor de todos, es obligado a ir hacia la fila de quienes están condenados a la cámara de gas, aunque en ningún momento se nos dice que tal será su suerte. Es uno de los tantos silencios de todo lo que se calla en esta historia. Se despide de su pequeño sobrino solo con la mirada, sin mediar palabras.

Cuando el padre y el hijo llegan a la barraca, hay un montón de prisioneros con sus trajes a raya. Debe mantener el engaño, debe darle vida a la idea de que todo es un juego; al menos, para Guido es la forma de salvar a su hijo:

- ¿Qué te dije, Giosuè? ¡Fabuloso! ¡Qué lugar!

Poco después entran los oficiales nazis y preguntan si alguien sabe alemán. El padre de Giosuè levanta la mano aunque no entiende ni una palabra de aquel idioma. El oficial da las órdenes y Guido traduce, es decir, inventa un significado que le permite sostener la mentira:

- Comienza el juego. El que está listo, está, el que no, no. El primero que hace mil puntos, gana. El premio es un tanque. ¡Qué afortunado! Cada día anunciaremos quién va adelante por ese altavoz. El de menos puntos llevará un cartel que diga “burro” en la espalda. Nosotros hacemos la parte de los malos que gritan. Si se asustan, pierden puntos. Se pierden los puntos por tres motivos: uno, si empiezas a llorar; dos, si quieres ver a tu mamá; tres, si tienes hambre y quieres la merienda. Es fácil perder puntos por tener hambre. Ayer mismo perdí cuarenta puntos porque quise comer un sándwich con mermelada de ciruela (...). No pidan caramelos, no recibirán ninguno. Nos lo comemos todos nosotros. Yo me comí veinte ayer. Qué dolor de

⁴ *La vida es bella* [*La vita è bella*], de Roberto Benigni (1997).

estómago, pero ¡qué sabrosos! Lamento ir tan rápido, pero juego a las escondidas. Debo irme ahora o me encontrarán.

Guido se desentiende de lo que acaba de hacer. Le pide a otro prisionero, uno que sí comprende alemán, que le explique a todos lo que el oficial nazi ordenó. Se dirige a su hijo y le habla solo a él. Hay un sesgo individualista profundo en las acciones que se legitiman en el film. De hecho, esa parece ser la única forma de salvación. Poco puede importar, entonces, lo que suceda a los otros.

En el universo concentracionario, donde los prisioneros eran marcados con tatuajes y símbolos cosidos en sus trajes como la estrella de David amarilla o los triángulos verdes, rojos o azules, Guido —el personaje de Roberto Benigni— sostiene que el perdedor, el que tenga menos puntos en el supuesto juego, ha de llevar un cartel en la espalda que diga “burro”. Esta forma de actuar contrasta con el modo en el que el pueblo se reúne en *El tren de la vida* para decidir cómo van a llevar adelante la idea de la autodeportación. Los conflictos y discusiones parecen no tener fin y solo se resuelven o posponen en función de que todos puedan intentar salvarse en un acto de compromiso de los unos para con los otros. En una habitación atestada, se debate qué hacer:

—Rabino, rabino.

—Calma, calma. Silencio. Así no nos podemos entender. Hagamos las preguntas de a uno y no solo a mí. Pregúntenle también a Shlomo. Yo no puedo contestarles a todos.

—Pero si es loco. Es el tonto del pueblo.

—Y autodeportarnos te parece muy sensato.

El sastre se dirige a Shlomo:

—Shlomo, tengo que hacer cinco uniformes de oficiales nazis y otros treinta de soldados. Itzig fabricará las botas, Herschel hará las gorras y buscará los cascos, pero ¿para qué talla?, ¿quién los llevará?, ¿quiénes serán los alemanes?

—¿Los nazis?

Frente a la pregunta todos tratan de huir, de escapar de la habitación y de la suerte que puede obligarlos a tomar el papel de sus asesinos. Pero el rabino levanta la voz y da la orden de que nadie salga. Formula la fatídica pregunta: “¿Quién quiere ser nazi? Es decir, alemán”. Un frío silencio recorre la habitación. Todos se miran. El rabino vuelve a preguntar:

–¿Itzig?

–No, rabino. Dios me libre, ser nazi es pecado. Las desgracias caerían sobre mi familia. No. Te agradezco que hayas pensado en mí.

–¿Yankele?

–¿Por qué yo? Ya soy contador y tengo úlcera. Un alemán no tiene úlcera.

–Entonces, ¿nadie?

–Si nadie quiere serlo, busquemos nazis auténticos, rabino.

–Cállate, Yankele; nos deportarían de verdad.

–Entonces, ¿tú, Mordechai?

–Perdón, rabino, yo no puedo. Se da cuenta la responsabilidad de hacerse pasar por alemán. Enfrentarse a ellos en alemán. Propongo que el consejo de sabios lo piense bien y nombre a los alemanes.

El consejo se reúne mientras todos rezan para no ser elegidos. Finalmente, hay un veredicto y Mordechai, el que mejor habla alemán, es ungido para encabezar al grupo de nazis. Todo el pueblo organiza la autodeportación. Hay quienes se encargan de la comida, algunos de comprar el tren, otros de encontrar quien lo conduzca, etc. Por el contrario, Guido sigue comprometido con su perspectiva individualista para lograr que su hijo sobreviva sin importarle demasiado la suerte de los demás. Pero no solo debe mentirle a Giosuè: nos debe mentir a todos porque el *lager* de *La vida es bella* no lo parece, porque el humor de Benigni solo puede entenderse desde la negación de lo ocurrido. ¿Cómo es que sobreviven en un campo donde se dice que hay cámaras de gas, niños y ancianos? Por supuesto, Benigni trata de defender su historia mostrando que efectivamente algunos morían en la cámara de gas como el tío Eliseo, pero incluso esas escenas, tan prolijas y ordenadas, son poco creíbles. No se comprende cómo los hijos de los oficiales nazis viven y juegan dentro del campo. Hay una estetización del sufrimiento cuando Guido habla a través de un micrófono que ve en un pequeño cuarto mientras camina por el *lager* y emite por los parlantes *Barcarolle* de Offenbach para que Dora, su mujer y madre de Giosuè, lo pueda

escuchar. El médico del *lager*, con el que tiene relación porque lo conoció en un hotel, es un profesional que parece querer ayudarlo, pero no puede porque es tonto. Bajo esa condición, los médicos quedan exonerados de los crímenes de los que son responsables. Por ello, debemos recordar la frase de Robert Lifton: “los médicos nazis, en su paso de curar a matar, seguramente calificarían como los transgresores más extremos en la historia de la profesión médica”⁵.

Todo importa poco, porque habrá un lindo y noble final, y parte de él será la muerte de Guido, sin la cual el golpe emocional de Benigni no llegaría tan bajo. En las escenas finales, Giosuè ve llegar al ejército estadounidense, lo suben a un tanque –he aquí el primer premio–, encuentra a su madre y la película recibe el premio de la Academia de Hollywood y de gran parte del público que acepta con entusiasmo la posibilidad de que lo engañen sobre uno de los hechos más trágicos de la historia reciente. Había una pregunta sencilla por hacer: ¿cómo es posible que una película sobre el Holocausto se llame “La vida es bella” cuando tal cosa no es posible sin legitimar de alguna forma lo ocurrido? ¿No debió llamarse acaso como el título en español de la película de Frank Capra *Qué bello es vivir*⁶? Significado bien diferente.

Cuando Shlomo concluye su relato dice que aquello que cuenta es casi toda la historia porque falta una última consideración, una singular aclaración. Ahora la podemos develar: en las últimas escenas, se nos muestra que aquello que acaba de contar lo hizo tras los alambres de púa del *lager*; la historia de la autodeportación es falsa. *El tren de la vida* no nos quiere mentir ni engañar, sino asumir la crudeza de lo vivido y, por ello, el difícil final. Pero Radu Mihaileanu, guionista y director del film, quiso rescatar la vida cultural del judaísmo de Europa del Este como forma de redención de las víctimas. *La vida es bella* es

⁵ Lifton, R. J. (2018). *Los médicos nazis*. Buenos Aires: El Ateneo.

⁶ *Qué bello es vivir* [*It's a Wonderful Life*], de Frank Capra (1946).

una película negacionista que fue premiada y aplaudida⁷; *El tren de la vida*, por el contrario, ha pasado desapercibida. Deberíamos preguntarnos por qué.

Revista Scholé - Tiempo libre. Tiempo de estudio.

Num. 04, abril 2020 - ISSN 2683-7129 (en línea)

⁷ Radu Mihaileanu responde a un interrogante sobre *La vida es bella* y la diferencia con su película: "Decidí no rodar un campo de concentración porque me parece tan difícil reproducir con imagen y sonido esa realidad que he temido banalizarla haciéndolo. En segundo término, la película de Benigni dice 'tenemos que olvidar y no saber la verdad'. Después, yo tengo una llave para que el público menos cultivado diferencie entre sueño y realidad, y él deja todo mezclado, este es el principio de la virtualidad: mezclar todo para decir que la ficción es siempre un tipo de realidad, con imágenes muy documentales de un tren entrando en un campo y luego a Benigni andando como si fuera un Club Med, con un *happy end* que sugiere que el Holocausto fue una broma". Frente a la afirmación de Claude Lanzmann, el director de *Shoah* (1985), de que no se puede representar el Holocausto, reflexiona: "La cuestión es cómo hacer con el audiovisual, un arte tan pobre, para representar con imágenes lo que no estaba sólo en la imagen. La Shoah estaba dentro de la gente, no fuera. Entonces, cómo rodar el adentro, la locura en planos largos, el individuo y el ministerio de la muerte con sus funcionarios. Spielberg, el año pasado, dijo que su película ha sido un error. Por eso no quise tocar los campos de concentración, sino rodar lo que está en la cabeza de esa gente". El tren de la polémica (1999, 1 de abril). *La Nación*. Recuperado de <https://www.lanacion.com.ar/espectaculos/el-tren-de-la-polemica-nid133382>